

Narraciones urgentes para ella

Prólogo urgente para ella

Narraciones urgentes para ella

*-Amar es ir contigo hasta morir-
Andrés Caicedo*

Hubo hace años un escritor y cinéfilo caleño llamado Andrés Caicedo. Debido a la godarría colombiana, poca gente conoce el legado de Andrés. Su pecado, en boca de los críticos de la época, fue su suicido que mutiló un creciente talento que pudo dar, incluso, un Nobel al país. Ese no era un objetivo que tuviera Caicedo: para él, la existencia tenía sentido en una sala de cine o frente a una máquina de escribir. La edad era un artículo accesorio que no debía importar. La vida debía caducar tan pronto como fuera posible, en su caso, a los 25 años. Aunque ya había intentado cegar su vida antes, aquella vez la cantidad de pastillas no fue suficiente. Eso lo decepcionó porque se dijo no ser capaz ni siquiera de cometer un suicidio exitoso. Mientras vivió creó un movimiento llamado «Caliwood» haciendo una analogía tropical a Hollywood. De allí hay algunos todavía vivos que dirigen o actúan. Los demás, igual que Andrés, se suicidaron. Aunque

Mayolo, su amigo y contradictor más cercano, murió por efecto de un infarto, la causa real fue el excesivo consumo de alcohol y drogas alucinógenas, por tanto, lo considero un suicidio también.

En 1974, empezaron a imprimir, con el nombre de «Ojo al cine», un boletín para cinéfilos. Tiempo después alguien se dio a la tarea de recopilar las ediciones que vieron la luz y las comprimieron en un libro. Tendrá unas 800 páginas. Leí cerca de 100. Saltaba entre artículos que me interesaban. Por ejemplo: las críticas a las películas de Kubrick o Hitchcock, o las anécdotas del Festival de cine en Cartagena. La manera de escribir de Caicedo era anárquica, no se detenía a complacer al lector. A veces, me daba tedio leerlo, porque había que volver a sobre lo leído para saber en qué momento alguien dejaba de hablar para continuar con el otro personaje de la trama. Lo interesante resulta ser como se sumerge uno, casi al punto de sentir el ruido de las teclas de una Remington imprimiendo sobre papel al ritmo del dictado de Andrés. También se generaba esa atracción por alguno de los personajes que creaba, haciendo que el lector tomara partido en favor de él o ella.

Su libro más representativo, tanto por la madurez en la prosa cómo los sucesos del día en que recibió impresa la primera copia, es «¡Qué viva la música!». Hace 4 años la volvieron película, buena para ver. Andrés se suicidó el día en que

recibió su obra impresa: eso la hace representativa, la hace única.

Pero ¿A qué viene el cuento de este señor?: la forma en que está escrito esto lleva ciertas maneras del estilo de Andrés Caicedo. Está escrito en la medida que sentimos, que vivimos. Es que la vida no es un libro que se escribe en línea recta. Los días no solo son mañanas y noches, ni el tiempo inerte que transcurre entre ellos. Más bien, el tiempo es un manto: está extendido entre las manos de la eternidad y en el medio estamos nosotros. Podemos mirar atrás, o el punto que ocupamos, incluso podemos ver adelante, sin que eso sea el futuro. Iremos saltando o corriendo, iremos altivos o con la cabeza gacha, como sea, ahí vamos. Ahí estamos y allá estaremos; hemos estado y estuvimos. Caicedo sabía que el tiempo no era límite: cuando escribió se hizo eterno, incluso sin tener que llegar al final de los tiempos. Se volvió eterno porque se extendió por fuera del manto de su tiempo. Escribo en desorden porque así somos. Somos entropía pura, el amor es eso: entropía, es incertidumbre. El amor es vivir y morir por fuera del manto del tiempo. El amor es incluso ver al otro desde lo lejos, extrañarlo y decirle: no te olvido, así no te escuche. El amor es comprometer el sentido de la vida: sentirlo y ser por ese sentimiento. Aquí estoy, sentado, reflexionando, sintiendo, extendiéndome por los mantos divinos de las horas, escribiendo por y para aquello muerto. Somos finitos, pero quiero hacerme infinito en ese tiempo

Narraciones urgentes para ella

que no me pertenece, quiero vivir en las manos de su eternidad. Somos la eternidad y un momento.